

A MODO DE ELEGÍA

A la memoria de Mario Chancay Medranda

Gabriel Ordóñez Nieto

Una herida más mientras transito por la recta larga de la vida, aquella en la que no se advierten bifurcaciones ni recodos, ni está permitido el retorno, se puede apenas volver la cabeza y la mirada para mirar la senda que se va dejando. Miro, con claridad de buena foto, los trechos que caminé junto al amigo Mario Chancay Medranda, derribado hace pocas horas por el artero manotazo de la muerte.

Fue un hombre esencialmente bueno, epíteto que aplicado en el grandioso sentido que tiene, ha servido para recordar a Juan XXIII el Papa bueno y a un puñado de mercedores de tal distinción.

Iba un año por delante de mí. En la escuela Municipal Espejo lo recuerdo menudo, vivaz, inteligente. Manabita alegre y orgulloso se destacó como el mejor estudiante a lo largo de la primaria, recibió la medalla de oro en una ceremonia inolvidable. Siguió la secundaria en el Sebastián de Benalcázar, su brillantez lo mantuvo en el mismo sitial ganado con honores en la vida escolar y repitió medalla de oro al mejor, en una etapa que el plantel se distinguía por su alta calificación docente y exigencia académica. Nunca perdió su bonhomía, gozó de cariño y respeto de todos cuantos le conocíamos.

Luego de presentar su examen de admisión ingresó en 1962 a la única Facultad de Medicina que había en Quito. Superó el año de anatomía impartido por un grande de la enseñanza universitaria el Doctor David Paltán Camacho y de allí en adelante sus estudios estuvieron matizados por el reconocimiento a su calidad de gran estudiante y ser humano de cualidades superiores: responsable, discreto, generoso, amable y solidario. Fue representante estudiantil ante el Honorable Consejo Universitario de la Central. Figuró entre los mejores de su promoción, la primera en ofrecer sus servicios a los pueblos marginados del país, hizo su medicatura rural en Charapotó, población afincada en su provincia natal.

Coincidimos en México, él estudiando Neumología y yo Pediatría. Allá le propusieron un cargo definitivo pero prefirió retornar al país para devolver lo que había recibido y elevar el nivel médico y científico del país. Hizo, en la Universidad Central, docencia de alto contenido humano y académico, fue vicepresidente del Colegio Médico de Pichincha y por muchos años perteneció al staff médico del Hospital “Carlos Andrade Marín” donde brilló por su humanismo, dedicación a los enfermos y competencia profesional enaltecida por sus colegas y pacientes.

La muerte de Mario, deja dolientes en su atribulada familia, entre los enamorados de la ética y la ciencia médicas, enluta a los miles de ecuatorianos que disfrutamos de su amistad y sus valores y enluta al país que pierde a uno más de sus hijos preclaros. Extiendo sobre mi herida el bálsamo de un recuerdo que será imperecedero. Hasta muy pronto amigo del alma, amigo.

Quito, 7 de abril de 2022